

VIDA DE MOFFATT

Intento de autoanálisis (desde dónde digo lo que digo...)

Nací en el Hospital Rivadavia el 12 de enero de 1934. Fui criado hasta los cuatro años por mi familia materna alemana. Eran inmigrantes que llegaron a Comodoro Rivadavia a fines de la primera guerra mundial y comenzaron a luchar desde abajo. De mi madre recibí el mandato de vencer las dificultades (ella venía de la guerra y llegó a la Argentina a los doce años) y de mi familia paterna heredé la elegante distancia inglesa que me sirve para preservarme en la terapia con situaciones límite.

A los cuatro años cambia mi vida familiar drásticamente porque mi padre se pelea con mi abuela (los dos eran muy autoritarios) y se lleva a mi madre y a mí. Mi madre ya había comenzado a padecer una enfermedad grave, una artritis reumatoide que progresivamente la iba dejando inválida en una silla de ruedas.

Los cuatro años siguientes me marcaron para siempre: internan a mi madre en un hospital por el avance de la artritis y mi padre, que era maestro mayor de obras en Vialidad Nacional, debe irse lejos a trabajar. De modo que comienzo una etapa de exiliado, de paria infantil, pues a la familia alemana no podía volver, por la pelea con mi padre, y la familia inglesa de mi padre no me podía tener, eran ingleses elegantes y distantes.

Yo era hijo único, venía de ser el rey del hogar en la familia alemana y pasé a ser “el hijo de la señora enferma”, estuve viviendo con familias muy distintas, de pronto iba a parar a la casa de una tía inglesa rica y, en otro momento, a la casa de la familia de un peón de la vía.

En aquel tiempo se creía que los chicos eran de palo, que estando bien alimentados y bien vestidos, ya todo estaba bien. Pero los chicos desarrollan un nivel de dependencia emotivo muy grande. La historia era que siempre caía en un lugar distinto, en una familia que no conocía, con hermanitos que se entendían entre ellos y yo caía ahí como un paracaidista. Psicológicamente, ese nene tenía dos posibilidades: una era volverse una tortuga, meterse para adentro con un gran caparazón y aislarse, o sea elegir el autismo, y la otra era transformarse en un antropólogo precoz, tratando de detectar cómo eran las reglas vinculares en cada familia, cómo integrarse, cómo agradar. Yo elegí esta última, que era estar atento a la gente, a las señales de afecto y de rechazo, y también armar juegos con los otros nenes para que me integraran y así no quedar solo.

En una crisis muy aguda que tuve después, en mi primera separación de pareja, me di cuenta que la separación con mi mamá había sido muy traumática porque la separación de mi primera mujer fue una catástrofe psicológica para mí, desproporcionada en relación al tiempo que habíamos vivido juntos. Cuando ella se fue (bruscamente, en el término de una semana) yo me volví a sentir como un nene abandonado y entonces me di cuenta que esa situación había reactivado el grave traumatismo infantil.

Eso marcó prácticamente toda mi vida, ya que desde entonces siempre estuve organizando juegos (juegos terapéuticos en hospicios, en comunidades terapéuticas) y organizando a la gente, especialmente a la gente que está angustiada, todo esto también, como un modo de ser aceptado, porque en el fondo, creo que quedó algo de una íntima soledad... podría decir que soy, en realidad, una tortuga rehabilitada.

Esos años fueron bastante difíciles para mí, ese cambio abrupto de estar sin papá y sin

mamá a los cuatro años, me hizo vivenciar el desamparo profundo. En este exilio infantil pasé por doce lugares distintos en sólo tres años. Esto me permitió también conocer todas las clases sociales, de pronto estaba en casa de mi tía Cecilia, que había venido de Europa, y luego estaba con María, la esposa de un peón de la vía, una mujer italiana muy buena y totalmente pobre, de una pobreza absoluta, en su casa no había baño, había que ir al fondo donde el abuelo cosechaba la papa y el repollo que comíamos. Esto me dio la sensibilidad para comprender estructuras familiares muy pobres. Ahora puedo estar cómodo en una villa y en Barrio Norte, en Las Achiras y en la Sociedad Central de Arquitectos.

En mi cortísima profesión de arquitecto, que duró poco más de un año, llegué a estar en lugares muy elegantes. Como era de familia inglesa y además profesor adjunto de Historia del Arte en la Facultad de Arquitectura, me relacionaba con gente muy sofisticada y también estaba cómodo. Como así también en la clase media a la que pertenezco.

El exilio terminó a mis siete años en Pergamino, ahí me volví a reunir con mis padres. Mi madre era muy simbiótica conmigo, muy afectuosa, muy acariciadora... me dio una intimidad con el mundo subjetivo femenino muy importante, esos años, desde los ocho a los catorce fueron años muy felices. Ahí tuve la experiencia de organizar una barra, las primeras experiencias comunitarias. En el garaje de mi casa hice un club de lectura para los chicos del barrio, ahí estaban apiladitos, el Billiken, los Patoruzú, los Rico Tipo, la revista Caras y Caretas... Incluso recuerdo que hacíamos elecciones (por supuesto con lista única, donde yo era presidente). Pero siempre seguía yo con esa falta fundamental, de ser el semihuerfano, el hijo de la señora enferma. No olvido que cuando presentaban a todos los nenes de la casa, yo era el último: “¿Y ese rubiecito pecoso quién es?” “Es el *hijo de la señora enferma*”. Desde ahí es que me puedo identificar con los marginados.

De Pergamino volvimos a Capital. A mamá se le estabilizó la artritis y como buena industriosa alemana que era inventó, a partir de unos palos, rueditas y sogas la posibilidad de seguir atendiendo la casa, hacía la comida aún estando con muy poca movilidad en una silla de ruedas. Ella me enseñó que todo se puede superar, que hay que pelearle a la adversidad y no entregarse. La relación con mi madre hasta que murió fue muy intensa. He sido muy querido por ella y eso me dio una seguridad existencial y ontológica que me permitió explorar la locura.

Después vivimos en Temperley, éramos los “Moffatt de Temperley”, cerca de mi primo Tommy, y después fuimos a Florida con los parientes alemanes. Ahí se reparó la relación con mi abuela, la “Oma”.

Así me fui haciendo grande, andaba en bicicleta, tenía un perro y estaba mucho en la calle. Después de los diecisiete entré en un período de mucha introspección adolescente. Empecé a leer libros en forma intensiva: Dostoievsky, Rousseau, André Gide, los rusos, los alemanes y los franceses, todos los artistas románticos y surrealistas hasta Kafka, de quien terminé haciéndome amigo íntimo al leer y releer sus escritos e identificarme con sus bichos metamórficos y sus escenas fantasmales. Además la relación con mi papá era similar a la de Kafka con su padre. El mío era autoritario y sometedor, él decidió que yo debía estudiar arquitectura, en segundo año quise cambiarme a Medicina porque era lo que más me interesaba, pero mi papá era demasiado “convinciente” y terminé recibéndome de arquitecto por él, pues él había querido estudiar arquitectura pero tuvo que dejar en segundo año

(pienso que él creía que yo era él).

En ese tiempo dibujaba y pintaba mucho, creí que iba a ser pintor o escritor, que iba a ser artista.

¿Y cómo siguió mi vida allá por mis veinte años? Con mucho mundo subjetivo, largas charlas literarias con mi mamá, que debido a su parálisis leía mucho. Pienso que mi madre se sentía muy frustrada con la parálisis, y entonces necesitaba que su hijo fuera una especie de Mesías, alguien que reivindicara todo lo que ella no había podido hacer.

Creo que ella me fue induciendo a un camino en el que yo tenía que ser un inventor o algo así, alguien famoso que hiciera *“una gran obra para el bien de la Humanidad”*. Yo me sorprendí tomando como ejemplo a Albert Schweitzer, el médico alemán que se quedó para siempre en el África curando a los negros. Pero a mí me interesaba más curar la locura, y creo que no estaba tan errado, porque en la familia de mi padre emergió la locura: mi primo Tommy a quien siempre protegí, hizo un brote esquizofrénico grave a los veinte años, del cual nunca salió. Pobre Tommy, un chico tan suave, tan delicado, tan fino... a quien los psiquiatras destruyeron con electroshock, insulina, y otras barbaries psiquiátricas. Por eso con la psiquiatría manicomial tengo una cuestión personal.

La relación con mi padre fue de otro carácter. Él, como buen inglés, solo hablaba sobre el mundo de los objetos, sobre hechos cotidianos, cómo lustrar los zapatos, con qué pomada y con qué cepillo... nunca me hizo una reflexión acerca de la vida. No obstante me protegió mucho, pero a cambio del sometimiento, de obedecerle en todo. Él me indicaba por quién votar, cómo tenía que vestir, cómo tenía que pensar, pero comprendí que el viejo lo hacía desde el cariño y lo sigo queriendo. Pero quien controla el afuera no puede controlar el adentro, y yo fui siempre muy rebelde en el pensamiento.

Luego, en una fecha muy precisa, se me reveló un proyecto que organizó toda mi tarea intelectual hasta ahora: fue el 1º de enero de 1960, acampando en la laguna de Chascomús. Ahí es cuando decido hacer un libro filosófico-poético gigantesco, que es el Tratado del Mundo, en el que sigo trabajando actualmente, ya van más de cuarenta años de juntar imágenes, palabras, he llegado a juntar cien mil imágenes y millones de palabras, ya metí todo esto en la computadora, y fue la base de la gigantesca página web (de tres mil doscientas páginas).

A los veintisiete años me casé, y luego de cuatro años se produjo el episodio traumático que ya relaté, donde comprendí por dentro lo que es una crisis muy aguda, de desestructuración del yo, que me sirvió mucho después para construir mi Teoría de Crisis.

A los dos años de haberme separado me vuelvo a casar y tengo los dos chicos, hago una vida familiar buena. Mis hijos se criaron bien, Luciano, el mayor, es doctor en biología, y de él tengo dos nietas, Julieta, de catorce y Candela, de diez. Malena, mi hija menor heredó el entusiasmo por el arte, es profesora de flamenco, buena pintora y actriz.

Luego de muchos años, me vuelvo a separar, y me caso por tercera vez. Al cabo de ocho años se vuelve a repetir la situación de mi primera pareja: ella se enamora de otro señor y se va, pero mi reacción esta vez no es catastrófica, porque en aquella ocasión ya había elaborado el traumatismo infantil. Después de tres separaciones voy entendiendo la vida, aunque debería pensar qué es lo que hago yo para que esto suceda. La pareja es un problema difícil, hubiera preferido un único gran amor pero el destino me dio otra cosa. De

todas maneras, he quedado en excelentes relaciones con mis ex-parejas.

En el año 1970 Ángel Fiasché me lleva con él a trabajar en el manicomio de Nueva York (Brooklyn State Hospital).

Cuando regreso de Estados Unidos hago la primera experiencia importante en un hospicio, que es la Peña Carlos Gardel en el manicomio Borda y junto mucho material documental. La Peña dio lugar a muchas otras experiencias comunitarias, dio los grupos de mateadas, el Psicodrama en forma de teatro popular, las cooperativas de trabajo, y además el libro Psicoterapia del Oprimido. Muchos emprendimientos en salud mental que hice luego, tienen su origen en esa comunidad terapéutica.

Desde lo académico universitario fui profesor adjunto en la Universidad de Arquitectura y Sociología, siempre en relación con ciencias humanas e Historia del Arte.

Durante la dictadura militar dejé de trabajar porque lo comunitario estaba muy perseguido, éramos “subversivos psiquiátricos”. En esos años trabajé mucho en Brasil, se tradujeron dos libros míos al portugués: Psicoterapia del Oprimido, que lleva ya ocho ediciones y Terapia de Crisis.

Cuando finalizó la dictadura militar, con su secuela de horror, violencia, torturas y desapariciones, vuelve a salir el sol de la democracia. Luego de esa tormenta negra y angustiante, poco después de Malvinas, organizamos el Bancadero.

El Bancadero es una mutual de ayuda psicológica alternativa y autogestiva, fue una experiencia muy importante en la que ya se atendieron más de 35.000 pacientes. En ella están comprometidos más de sesenta Psicólogos Sociales y Psicólogos Clínicos, y hoy está por cumplir 25 años.

El Bancadero es una comunidad que fue amasada con mucho amor y responsabilidad terapéutica: los grupos terapéuticos, los talleres de psicodrama, el teatro, el semillero de formación y las fiestas comunitarias. Junto con la Peña Carlos Gardel fueron mis principales hijos científicos.

En el año 1968 publiqué mi primer libro “Estrategias para Sobrevivir en Buenos Aires” que en su primer mes vendió 10.000 ejemplares. En el '74, durante el gobierno de Cámpora publiqué Psicoterapia del Oprimido que, naturalmente, tuvo una buena acogida pero con Terapia de Crisis, publicado en 1982, fue un desastre. No lo leyó nadie, ni el editor. Esto me inhibió para hacer otro libro por mucho tiempo pero luego de casi veinte años publiqué “En caso de angustia rompa la tapa”.

Durante el '84 y '85 fui Director del Asilo de Indigentes de la Ciudad de Buenos Aires. Ahí estuve en contacto con unos mil mendigos de la calle, organicé una comunidad terapéutica adentro que entró en colisión con los reglamentos municipales y me echaron. En general, cuando estuve en el estado fracasé, mi estilo es alternativo, autogestivo

He viajado mucho y sigo viajando a Brasil, que conozco desde Porto Alegre hasta Manaus, en el Amazonas. Trabajé en sus manicomios supervisándolos. El viaje a Europa me sirvió para completar un video sobre marginalidad en la calle. Tomé registro en Londres, Berlín y París de los marginales, los desplazados, los viejos mendigos tradicionales... y terminé mi curso de pobreza en la India.

Mi vida intelectual es cada vez más compleja, actualmente soy un referente en los medios para los problemas en relación a marginalidad y salud mental, violencia, chicos de la calle,

catástrofes, etc. Sigo dando innumerables cursos de Primeros Auxilios Psicológicos en distintos lugares del país.

Mi madre, desde su condición, me inculcó también el preocuparme por los más sufrientes. De chico me fascinaba hablar con los linyeras. Pienso que no lo hacía sólo por bondad, sino que el marginal con esa riqueza existencial que le da su vida dramática me enriquecía también mucho. Aprendí muchas cosas de la vida en el fondo del hospicio.

Otro viaje interesante es el que hice a la India, es un país oriental y por lo tanto, vi muchas cosas del mundo occidental a través de lo contrario, un país no violento, donde la gente no roba ni se droga, me encantó. Aprendí algunas técnicas de los Sadhus que son los hombres santos. Fui tan lejos para, curiosamente, encontrar esto mismo en Bolivia: un pueblo trabajador, no violento, sin droga, con una estructura incaica, una cultura ecológica. Son sociedades que no fueron alcanzadas por el deterioro de esta crisis de la sociedad occidental de fin de milenio, el post-modernismo con su individualismo competitivo.

Me ha interesado mucho la rehabilitación de "las causas perdidas" como los psicóticos, los mendigos, los chicos de la calle... le dan a mi vida un sentido heroico, un sentido épico de la existencia (otra vez Albert Schweitzer o Lawrence de Arabia... nuevamente, el mandato de mi madre).

Me conmueve profundamente el arte, mi forma de estar en el mundo es estética. El misterio a develar, que persigue la ciencia, me produce una intriga y un goce. Esto creo que es la "wissenschaften", en alemán *el amor a la ciencia*, que me inculcó mi madre, ella me dio el permiso a pensar por mí mismo, no estar dependiendo, como muchos intelectuales argentinos, del último libro que viene de Europa.

Del costado inglés tengo un espíritu darwiniano... de juntar huesos y caparazones para armar la teoría de la evolución, la diferencia es que yo junto miles de imágenes para armar la teoría de la vida... y creo que con la misma paciencia inglesa.

Hace casi veinte años fundé la Escuela de Psicología Nacional, buscando el significado de nacional por *nacer*, como el lugar en que uno nació... de pensamiento independiente, criollo. ¿Por qué nosotros no vamos a tener una psicología criolla?

Actualmente, me dedico fundamentalmente a supervisar, manteniendo la vieja costumbre de recorrer la realidad, a formar gente, a transmitir experiencias. . . estoy en una etapa de mi vida de sintetizar todas las experiencias para poder transmitir las (soy un viejo de setenta y tres años). Sigo investigando la realidad que me parece cada vez más desalentadora por su injusticia, corrupción y estupidez.

Lo que tiene de positivo la vejez, es que pone en perspectiva muchos problemas que antes parecían muy importantes. Se simplifica el mundo y va quedando lo que es más sustancial, que es el amor, la muerte, la tristeza y la alegría, la justicia, el dulce de leche, algún whisky y básicamente, inventar ideas para curar vidas... Es una oportunidad, también, para ayudar a otros que están recorriendo su camino, avisarles de algunos peligros y mostrarles el camino hacia algunos lugares tentadores...

Y lo nuevo que viene a mi vida no lo puedo relatar, porque todavía no me sucedió.